RESEÑA

Pinturas de Raúl Eberhard: El alma de la luna

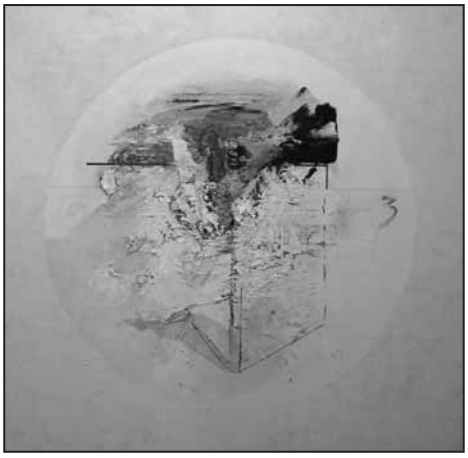
Elena Morales

El pájaro y la Luna, Luna para Stephen Hawking, *La luna del naipe* o *Luna con manchas verdes* son algunos de los títulos de los óleos sobre tabla del artista chileno afincado en Tenerife Raúl Eberhard (Valparaíso, 1955) que se pudieron contemplar en el Ateneo de La Laguna durante el mes de mayo de 2006: una original serie, provista de una rotunda sensación global de armonía y equilibrio, que nunca había sido exhibida al público hasta entonces. Estas lunas llenas, ubicadas simétricamente sobre el soporte, reflejan una visión del satélite muy distinta a la tradicional, despojada de todas sus simbologías relacionadas con sus ciclos biológicos e influencias sobre La Tierra y sus habitantes.

Lejos del firmamento

Raúl Eberhard no pinta lunas típicas o "reales". Este creador ni representa la luna como elemento destacado de un

bello paraje, ni pinta a la Luna sobre su espacio original o cósmico, ni interpreta paisajes lunares. Las lunas de Eberhard están fuera de su contexto primigenio, muy lejos del firmamento o, al menos, de nuestro cielo nocturno cotidiano, pues las atmósferas sobre las que gravitan son siempre cristalinas, límpidas y luminosas, y si no radicalmente blancas, sí presentan una claridad nívea, apenas matizadas por ciertas chispas grisáceas azuladas, ocres o amarillentas.



Lunas llenas

Además de distanciarse de su ámbito cósmico original, estas lunas son incapaces de sufrir modificaciones formales: ni pasan por varias fases, ni experimentan ciclos periódicos o cambios de su contorno, ni crecen ni decrecen biológicamente. Tampoco sufren su normal etapa de invisibilidad: no se esconden, todo lo contrario, siempre brillan y jamás desaparecen de estos cuadros, pues, Eberhard sólo muestra un tipo de luna opuesta al Sol, en el tiempo en que mira a la Tierra iluminada en esa única faz que deja vislumbrar por completo.

No obstante, si las lunas de Eberhard permanecen idénticas a sí mismas en cuanto a sus formas, interiormente no dejan de mutarse. Sus entrañas están vivas, habitadas por torbellinos de confusiones en constantes búsquedas del orden y del equilibrio espiritual. Sólo la intimidad de la luna bulle y se transforma, pero todos sus cambios y avatares se producen siempre en conciliadora armonía con el exterior.

El alma de la luna canta, grita, llora, se estremece, contempla el vuelo de un pájaro o juega una partida de naipes. El alma de la luna se oscurece, se aclara, se espesa, se lava, se diluye o se colma de matices. El alma de la luna busca un colchón blando donde descansar, adormecerse, soñar, o, apenas, respirar. El alma de la luna te mira y te dice que ella es lo que tú quieras ver.

Las lunas de Eberhard han olvidado su cósmica vida de satélite fiel y se han descarrilado de sus órbitas para permanecer estáticas en un soporte bidimensional, convertidas en objetos geométricos poéticos, conejillos de indias para un pintor dominado por un ansia de investigar en algo, aparentemente, nebuloso: la composición visual y las leyes de percepción.

¿Lunas o círculos?

Si los interiores (o dintornos) de las lunas de Eberhard albergan muchísimos

elementos y recursos que tienen su origen en diversas tendencias de vanguardia entremezcladas (como el expresionismo o el cubismo), estos cuadros tienden a una síntesis estructural que recuerdan a movimientos como el suprematismo o el constructivismo; y es que, ante todo, explotan las relaciones de proporciones y contrastes entre dos elementos muy precisos: el círculo y el cuadrado, unos motivos que, a su vez, sustentan una importante carga simbólica. Así, para el filósofo Carl G. Jung, el cuadrado, representa el estado pluralista del hombre que no ha alcanzado la unidad interior, mientras que el círculo corresponde a la etapa final y, por tanto, al alcance de esa plenitud y eternidad.

No obstante, más que sus posibles connotaciones, a Raúl Eberhard le fascina "la relación de las proporciones entre ambos elementos"; pues, según el tamaño de éstos, "la luna pasará a contener al cuadrado o a estar contenida por el cuadrado". Para Eberhard, se trata de una relación de trastoque de proporciones casi magrittiana, a pesar de que este artista chileno se vale, en este caso, de un lenguaje abstracto y no de la figuración simbólica del pintor surrealista.

Por otro lado, y aunque sus obras centran gran parte de su atención en el aspecto formal, retórico y compositivo, a Eberhard también le preocupa la cuestión emocional del arte, y, en concreto, se pregunta "qué es lo que hace que un pedazo de tela emocione tanto a unas personas y a otras nada"; pues, en definitiva, toda su búsqueda consiste en lograr crear una imagen bella que transmita un determinado sentimiento o sensación al espectador. Si para él, cada uno de sus cuadros contiene un significado concreto, prefiere "no contárselo" al contemplador, al fin de "no influir" en su interpretación. Además, asegura: "me gusta dejar mis cuadros abiertos para que cada uno se quede con un 'podría ser...' y no un 'es...'".

Diversidad en la homogeneidad

Eberhard se divierte creando lunas originalmente similares, pero que, poco a poco, logran distinguirse del resto al acompañarse de atributos radicalmente distintos (un pájaro, una carta de baraja, un recorte de prensa...). Así, cada una de sus obras, sin perder la unidad de serie, cobran autonomía propia y, como en trabajos anteriores, evidencian su pretensión de lograr variedades sutiles en lo que es casi homogéneo. Por eso, su pintura es una constante conciliación de diálogos: pláticas entre la figura y el fondo, lo curvo y lo recto, lo racional y lo irracional, la geometría y la libertad de trazos y manchas. Y, precisamente, de ahí surge su particular retórica plástica, que, sin embargo, no está exenta de una patente narratividad poética.

Narratividad poética

En *El obsceno pájaro de la noche* –claro homenaje a la novela de idéntico título del escritor chileno José Donoso– un

ave torpe, pesada y negrísima de alas brillantes y sombra afilada se ha apoderado de una luna oscura y triste, que navegaba sin rumbo sobre el aire claro.

La luna, casi inmutable, contempla cómo pasa la vida de los hombres en *La Luna y los tiempos*, donde el pintor introduce un contraste entre lo geométrico y lo circular. Este homenaje al parámetro del tiempo también se revela en *Luna para Stephen Hawking*, dedicado al famoso investigador de las leyes básicas del universo y autor del libro *Historia del Tiempo*; en este caso, Eberhard recurre al collage cubista e incluye un fragmento de periódico donde se cita al renombrado científico.

Si *Luna con manchas verdes* y *Luna Luna* son dos de sus cuadros de títulos más lorquianos, los secretos más reservados y misteriosos, e incluso, la suerte, se ocultan en *La luna del naipe*. Mientras tanto, su *Luna del viento* refleja el movimiento de la bandera ondeante y sin patria gracias al efecto de barrido de la pintura.

Tampoco falta, en esta serie, una *Luna muda*, tachada con un cruel trazo negro al carboncillo para que no murmure, para que calle, aunque, ¿cuándo la luna se ha quejado...? Tal vez, alguien teme que ella vocifere toda su sabiduría.